
GAZUL.

(Continuación.)

G.

Ya no replico; más, permite, padre,
Que al aceptar la oferta de tu cetro,
Diga, que sobre tí caerán todas
Las faltas que cometa mi gobierno.

S.

Deja las humildades: hace mucho
A que de tu saber estoy contento,
Y, para el trono, nadie desconoce
Tus relevantes prendas y tu mérito.

G.

Es un error, talvez.

S.

Doy que lo sea;
Mas, cuando mi querer es manifiesto,
En donde está el osado que me diga:
Tus órdenes, Sultan, desobedezco?

G.

Si acaso te ofendí.

S.

Gazul, no temas,
No ofendiste á tu padre; tus reelos
Fundados podrán ser, y ellos disculpan
Tus importunas réplicas.

G.

El cielo
Me dará su favor, para que pueda
Tus órdenes cumplir cual las venero.

S.

Te lo dará, no hay duda; tal promesa
A los que le aman el Profeta ha hecho,
Y en punto consiste, sí, en un punto
De un sólido poder todo el secreto;
Y para revelártelo he venido
Buscándote hasta aquí, porque deseo,
Que jures, por la tumba de tu madre,
El escuchar fielmente mis consejos:
Demando tu atención.

G.

Ya, padre mío,
Tus palabras escucho.

S.

Lo primero
Que aprendiste, Gazul, cuando muy niño,
Fue que jamás se ha visto algún imperio
Tan grande, como aquel que se extendía
Desde el sagrado Eúfrates al Ebro.
¿Y cuándo fué que nuestra simitarra,
Tanto poder mostró? ¿Cuándo? Los tiempos
En que fue manejada por el brazo
Del que rendía á Alá culto sincero.
Mas, ¿para qué buscar en las pasadas
Y remotas edades el ejemplo,
De que es más grande, más glorioso y firme,
Cuanto es más fiel á Alá cualquiera pueblo?
Me basta recordar los tristes días
En que de Persia el combatido cetro

A mis manos pasó. ¡Cuántas fatigas
En vano las sufrí! ¡Y cuanto celo
Gasté, anhelando de la patria mía
A los males poner pronto remedio,
Sin advertir que su principio estaba
En el culto caído en el desprecio!
Mas, desde el día que su causa supe. . . .
Pero, ¿á qué recordarlo? Tu estás viendo
Cuales los frutos son, que ha producido
El culto que al Profeta le he devuelto.
Oyeme ahora, y grava en tu memoria
El consejo, mayor de los consejos.
Jerusalén encierra entre sus muros
El sepulcro de un hombre, que en su tiempo
Engañó á torpe multitud: su nombre
Es el infando de Jesús. Los perros
Que culto le tributan, los cristianos,
Bien conoces el mal que nos han hecho.
Mortales enemigos del Profeta,
De sangre el Asia se bañó cuando ellos,
Por rescatar de su Jesús la tumba
Hambrientos de matanza acá vinieron,
Todo el furor, el odio y la venganza
Que por herencia contendrá tu seno,
Para el cristiano mi Gazul; que nunca
Te inspire compasión; que dure eterno
Nuestro odio para él; que no se esconda
De tus iras, jamás, ni en los infiernos;
Que todos mueran, todos, si le adoran,
Aunque el mundo, después, sea un desierto.
No perdones á nadie, si en sus labios
Oyes el nombre de Jesús, y el pecho,
Y el pecho suyo, no enronquece el grito
Que para maldecirle eleve al cielo.
Júramelo, Gazul, sobre la tumba
De Celina tu madre; jura.

G.

Pero,
Cristiana fue Celina, padre mío
¿Como jurar por su sepulcro puedo?

G.

Por él has de jurar, Gazul. No importa
Que su torpe sectaria. . . .mas ¿qué es esto?

(En toda esta escena el Sultán ha estado paseándose agitado, y al decir estas últimas palabras un movimiento de sorpresa, de Gazul, descubre la cruz sobre la tumba.

G.

Padre mío.

H.

Señor.

S.

¿Sobre su tumba

Quién este signo de la infamia ha puesto ?

[Arranca la cruz del sepulcro y la arroja y pisotea]

Gazul, Gazul, esclavo. . . . (más, importa

Disimular mis iras, porque anhelo

Venganza más cabal.]— Dentro de una hora

En el palacio, con Hacén, te espero.

ESCENA OCTAVA.

GAZUL Y HACÉN.

H.

¡ Perdidos somos, mi Gazul ! Tu padre

De nuestra religión sabe el secreto;

Su furor viste, nos llamó á palacio,

¿ Y para que ? presumirás. ¿Qué hacemos ?

G.

Obedecerle, y á sus pies postrados

Demandarle perdón.

H.

¿ Y si para esto,

Exige de los dos, que de Celina

Y de tu padre, al culto renunciemos?

G.

Jamás, Hacén, jamás.

H.

¿ Entonces, cómo

Obtener piensas su perdón? Qué medios

Te han de poder servir?

G.

La simpatía

Que á mi persona manifiesta el pueblo.

H.

¿ Y crees que aun te la tendrá? ¿Ignoras

Su fanatismo destructor y ciego?

G.

¿ Su fiera condición no domaría
El Sultán, si escuchara nuestros ruegos ?

H.

¿ Y olvidas sus palabras, con las cuales
Te quizo dar lecciones de gobierno,
Y el odio, que al hablar de los cristianos,
Con sus frases mezcló?

G.

Yo me sujeto

A lo que tú aconsejes. Hacén, busca
Para librarnos de su rabia, un medio.

H.

No hay más que uno, Gazul.

G.

Dilo.

H.

Pudieras

De los Sultanes renunciar al cetro?

G.

Al punto mismo, Hacén.

H.

Entonces, huyamos

De esta enemiga tierra.

G.

¿ Pero á dónde

Dirigir nuestros pasos? El desierto
Se extiende al norte, y en el sur se encuentra
Diseminada, multitud de pueblos.

H.

En dos días, no más, las carabanas
Este desierto cruzan. Hace tiempo
A que también lo atravesé.

G.

¿ Y el agua

Que nos puede faltar?

H.

Oasis bellos

Se extienden por doquier.

G.

¿ Y las balumbas

Del furioso Simoun?

H.

¿ Y del Eterno

La Providencia que jamás se olvida
De vigilar por nuestro bien ?

G.

Marchemos.

H.

¡Sí Gazul, sí Gazul. ¿Qué mucho importa
Renunciar de los hombres al imperio,
Y aspirar á las palmas eternas
A trueque de perder humano cetro ?
Y tu madre lo pide, y te contempla
Hacer por ella este postrer esfuerzo.

G.

(Arrodillándose delante de la tumba.)

Amada tumba á dios. De mi existencia
Consagrarte hasta el último momento
Juré, llorando de mi madre al lado
Mi espantosa horfandad. No quiere el cielo
Que mis amargas lágrimas se mezclen
Con sus yertas cenizas, y me ausento
Para jamás volver; mas, cuando escuches
En la callada noche, de los vientos
Que en esta cruz se rompan, los suaves
Y lastimeros sonos, de mi pecho
Por los suspiros toma, y el rocío
Que te traigan las brisas de lo lejos,
Por las que he de regar en suelo extraño
Lágrimas de dolor ! Hacén marchemos.

(Cae el telón)

ACTO TERCERO..

El teatro representa una parte del desierto.

ESCENA PRIMERA.

EL SULTAN Y ZULEMA

S.

Te lo he dicho Zulema. Ni un momento
Tranquilo podré estar, mientras mi mano
La vea sin la mancha de la sangre

De mi nieto Gazul y de su esclavo.
¿No es, para esto, bastante el solo crimen
De que adoren al Dios de los cristianos?
Y más culpables son aun, pues, dieron
Al olvido mis órdenes, y ansiando
Librarse de la pena merecida
Quieren burlar mi poderoso brazo.
No lo harán, no; lo juro. De la Persia
No ha de quedar lugar por apartado,
Por desierto que sea, sin que busque
A los infames que faltar osaron;
A la ley sacrosanta del Profeta,
Y á la obediencia que me deben. Cuando
No quede aquí, de la abrazada arena
Sin registrarse ni un pequeño grano
Me volveré á Balfruch; antes Zulema
Ya te he dicho que no: y es excusado,
Pues me conoces bien, el que te empeñes
En convencerme á mi de lo contrario.

Z.

Y lo digo, Señor, porque conozco
Que muy pronto el simoun, hacia el espacio
Levantando la arena del desierto,
Pudiera aquí dejaros sepultado.
¿No véis allá las manchas que en la esfera
La tempestad anuncian? Y estos rayos
De un sol que nos abraza ¿no son signos
Que justifican mi temor? Huyamos!
Y no creáis que quedarán impunes
De su crimen, Gazul y Hacén su esclavo,
Pues si se esconden por aquí, los cielos
Por tí venganza tomarán.

S.

En vano
Te fatigas Zulema, y tus temores
Son además quiméricos. ¿Acáso
Este mismo desierto muchas veces
Tranquilamente yo no le he cruzado?
Obedéceme, pues. De aqueste sitio
No te muevas un punto. Mis soldados
Pronto vendrán á obedecerte. Luego
Que con ellos estés, por ese lado
Buscarás á Gazul, yo me dirijo
Por el del norte, y el más corto plazo
Que en su busca has de estar, de cuatro días,

De cuatro, nada más, será, y al cabo
Regresar á Balfruch para esperarme,
Si no es que yo primero allí te aguardo.
Ya lo has oído. Adiós.

Z.

Señor, si el cielo
Me presta su favor y á Gazul hallo,
¿Qué debo hacer con él?

S.

A mi presencia
Con cadenas al cuello hasta llevarlo.

Z.

No ignoras el amor que por él sienten
Hasta el mismo delirio los persianos,
Y puede suceder que le defiendan
Si esto sucede pues.

S.

Has de matarlo.

Z.

Pero Señor, se extingue de tu raza,
Si parece Gazul, el postrer vástago.

S.

Más bien esto, más bien, antes que reine
Sobre el trono de Persia un vil cristiano.

Z.

Mas puede ser que arrepentido se halle,
Y tú señor dispuesto á perdonarlo
En el mismo momento en que tus órdenes
Obedeciendo, yo su vida acabo.

S.

¿Perdonarlo? Te engañas. ¿No conoces
Todavía mi pecho? Los treinta años
Que hace á que tú me sirves, sin que nunca
Te hayas de mí ni un punto separado,
Suficientes no son á que de mi alma
Conozcas hasta el fondo? ¿Perdonarlo?
Tal blasfemia, jamás, ni en los infiernos
Un maldiciente réprobo ha lanzado
Sí, Zulema, jamás.

Z.

Ya no replico.

La orden tuya, señor, humilde acato.

S.

Pues entonces, adiós. Si se le encuentra,
A la presencia mía has de llevarlo.

Si algún infame le defiende, caigan
Ambos á dos al golpe de tu brazo.

ESCENA SEGUNDA.

ZULEMA. (*solo*)

¡ Que inexorable, santo Dios ! no tiene
Ni con los suyos compasión. Extraño
A todo lo que no es su fanatismo
Odio es el aire que respira. (*pausa.*) No hallo
Si encuentro con Gazul, un solo medio
Que de su furia atroz pueda librarlo.
¿Dejarle huir? Mi sangre derramada
Veré correr de mi bondad en pago.
¿Ausentarme de aquí porque no me hallen.
Cuando en mi busca envíe, sus soldados?
De su orden vengará con mi existencia
El desprecio que yo haga. ¿Si acatando
Su voluntad suprema llevo á su hijo
A su presencia real como ha mandado?
La víctima ha de ser que á su Profeta
Y á su furor ofrezca en holocausto.
Y es ya muy grande el mal que ha recibido
El infeliz Gazul de mi cruel mano.
¿Qué debo hacer? Aconsejadme, cielos,
Mirad mi horrenda situación ! De un lado
El horror de morir, del otro el grito
De la conciencia criminal que ansiando
De un nuevo crimen libertarse, pide
Tu protección, Señor. Grande es tu brazo
Empléalo en mi ayuda. Reconozco
Que soy indigno de tu amor; mas ¿cuándo
La plegaria de un mísero tu seno
Inaccesible á la piedad ha hallado?
Nunca, nunca, Señor. No sea ahora
La vez primera que un sincero llanto
Bañe tus piés, y el alma acongojada
Que lo derrame, lo derrame en vano. (*pausa*)
Muy cerca debe hallarse. Me ha ofrecido,
Para llorar mis crímenes pasados,
Mi compañero ser, y este desierto
Fué para ello el punto señalado.
Iré en su busca, iré. Mas, desatiendo
Del vengativo persa los mandatos,

Y ¡ay! de Zulema si me encuentra. Pero. . . .
No importa, no; busquemos al anciano.
Es ministro del Dios á cuyos brazos
Estoy pronto á tornar, y confesando
Mis culpas á sus piés, moriré al menos
De la eterna justicia perdonado.

(Vase.)
